lada y una muerte casi cierta, proporcionándome una madre que es mi refugio, y cuyo amor inestinguible es la garantía mas segura de mi eterna salvacion. Y concedédmelo, por el dolor que María nuestra madre sintió, sola, en la desesperacion final del desventurado Judas, para que honrándoos en tan amante Señora, é imitando sus virtudes, me sirvan ellas de escala para subir á posesionarme del eterno gozo, en las regiones de la inmortalidad. Así sea.

CUARTA PALABRA.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?
Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?
(San Marc., 15, 34.)

I.

O mis ojos van perdiendo completamente su lumbre, ó el mundo amenaza envolverse en una completa oscuridad. Cuando un puñado de criaturas, en mal hora dotadas de entendimiento, cierran sus entrañas á los instintos humanos y al sentimiento de la caridad, los elementos padecen, y parece que el cielo se hunde y el universo se desmorona: sienten las olas del mar, y braman como una leona á quien han robado sus cachorros: sienten los vientos, y silban con ese silbido penetrante y agorero de la culebra: siente la

tierra, y su superficie se cubre de una tenebrosa palidez, y la sangre que precipitada circula por nuestras venas, se hiela á las impresiones del cierzo de la consternacion y del abandono. Recoge, cristiano, el pensamiento, y levantándote, como el águila, en alas de la consideracion, penetremos á buscar en el cielo eso que nosotros comprendemos y que no podemos describir, eso que nosotros sentimos y no podemos espresar. ¿Y lo encontraremos, Dios mio? El cielo es la reunion de todos los bienes sin mezcla de mal alguno; es el conjunto de toda imaginable y mas que imaginable felicidad, sin ráfagas que la empañen ni vapores que la oscurezcan. ¿Nos asalta la tristeza? Pues allí está la alegría. ¿Nos acomete la desesperacion? Pues allí está la esperanza. ¿Nos atormenta la idea de la muerte? Pues allí está la realidad de la vida. ¿Nos acongoja la imágen del desamparo? Pues allí está el que no desampara. . . . . .

El trono del Omnipotente, alma cristiana, es en este mismo momento el tribunal desde donde se derrama sobre la cabeza del

Príncipe de los mártires el cáliz de las eternas justicias, y la última gota que destila en su atormentado corazon es la del abandono. Figúrate que la frente augusta del escelso Jehová aparece marcada con el sello de la indiferencia, y la indiferencia para el atribulado es peor que la misma tribulacion, y para el moribundo tanto mas angustiosa que la misma muerte. Los cortesanos celestes, los espíritus inmortales que poco antes hicieron estremecer con sus cánticos el delicioso paraiso, esconden ahora entre sus manos el hermosísimo rostro, inclinan sobre el pecho la cabeza, y velan con la sombra de sus alas el oro de su ensortijada cabellera; cada querubin es un mártir. En el mundo silencio y sangre; en el cielo soledad y lágrimas; en la tierra amargura y abandono; detras del firmamento justicia, incertidumbre y desamparo. En el firmamento, á la manera de un sordo trueno que se escucha á lo lejos, penetra un grito desgarrador, que, poniendo en acerbo conflicto las celestiales moradas, ha ido como á estrellarse á los pies del Eterno Padre, no de otra manera

que la ola sacudida por la tempestad se estrella ante la roca insensible y endurecida. Este grito que allí llega, y que de allí no pasa, es la cuarta palabra del agonizante Jesus, grito con que profetiza y cumple, con que castiga y perdona, con que se queja é instruye, con que condena y salva. Las heridas del Nazareno asemejan á los hirvientes rios que se derivan de un mar de sangre; las órbitas de sus ojos y sus labios empiezan á cubrirse con el amoratado matiz de una marchita violeta; hasta los dolores de aquel cuerpo inmaculado parece que están en suspenso, para ceder á los dolores del espíritu el lugar que les pertenece. El hijo de María, no hallando en sus hermanos ni cariño ni gratitud, ha enviado hasta las puertas de la gloria, envuelto en el suspiro de su mayor ternura, el testimonio de su mayor dolor: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

¡Maldito y miserable pecado de Adan! ¡Maldito y miserable pecado mio, á qué estremo has reducido al que me formó de la

nada! ¡Jesus martirizado, Jesus escarnecido, Jesus, por último, desamparado! ¡Conque es decir que sucumbe la inocencia y que triunfa la malicia; que se humilla la justificacion y que se ensalza á la iniquidad; que Jesucristo, destrozado en el cuerpo por la crueldad de sus perseguidores, es devorado en el alma por el desamparo de su Padre celestial! ¡Conque Dios abandona á su Verbo, conque el Padre desampara á su hijo, conque la Divinidad se desentiende de la Divinidad! ¡Pobrecito Jesus! O se comete con vos una injusticia incomprensible, ó vuestra cuarta palabra envuelve un misterio en cuyo laberinto nosotros no acertamos á penetrar. Pues si en Jesucristo hay dos naturalezas, no existiendo mas que la persona divina que jamás abandonó á la naturaleza humana sustancialmente unida con ella; si así como el Padre está en el Verbo y este en el Padre, y así como la naturaleza humana de Jesus nunca se separó de la persona del Verbo, ni esta fue jamás abandonada por la del Padre, porque esto era imposible, ¿cuál es el abandono de que se queja nues-

tro Jesus agonizante? ¿Contra quién ó hácia quién se dirige ese grito que atemoriza? ¿Cuál es el misterio que nos revela y la enseñanza que nos prepara en esta relevante prueba de su amor? Interiormente, cristiano, enseña San Leon, jamás el Padre desamparó á su hijo con relacion á la naturaleza divina; pero naturalmente, en esa naturaleza humana que por nosotros habia tomado de nosotros, el Padre abandona absoluta y completamente á Jesus, le hace presa de sus enemigos, le entrega al furor de los hombres y de los demonios, y acumula sobre él todos los ultrajes, todos los oprobios, todos los horrores del afrentoso suplicio de la cruz. Esta indiferencia, este decreto irrevocable de no arrancar al Salvador de manos de sus verdugos, es un verdadero abandono, un desamparo esterior y visible, y de este es del que Jesus se queja cuando esclama: ¡Dios mio, Dios mio...! ¿por qué me has desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

II.

Pero aun hay mas todavía, cristiano co-

razon; es mucha la enseñanza que se desprende de esta palabra de Jesucristo. En el instante mismo en que la soldadesca deicida se burla con insolentes carcajadas de la situacion tristísima del Redentor, interpreta este quejido como el alarido de la cobardía y de la impotencia: cuando los judíos añaden dicterios á dicterios, blasfemias á blasfemias, tormentos á tormentos, Jesus, al mismo tiempo que apura las heces amarguísimas de su Pasion, se apresura interiormente, como que se afana por vivir, y parece que retarda el morir por dejarnos el cáliz lleno, colmado, rebosando por todos lados el delicado y suavísimo bálsamo de su amor. *Ut quid dereliquisti me?* ¿Por qué me has desamparado? Decir esto al Eterno Padre es decirnos á nosotros: «Sufro este nuevo dolor, paso por esta pena terrible, me encuentro en este desamparo, que es un género de muerte mas horrible aun que la muerte física, porque visto la librea de vuestros pecados; me veo desamparado, no por efecto de mi miseria, sino de mi ternura; y cargo sobre mis hombros, recibo y acepto para mi

corazon este nuevo suplicio, no porque me halle destituido de los socorros divinos, sino porque espontáneamente me he brindado á morir sin consuelos por vuestro amor. Pecaste, humanidad desvalida y miserable, y yo me constituí generosamente tu abogado, porque puedo, porque soy el Hijo mas perfecto del mas perfecto de todos los padres; y, sin embargo, este mismo Padre aparta sus ojos de mis dolores, mira con indecible desvío mis sufrimientos, consideracion ninguna tiene de mi agonía, y me desampara. *Ut quid dereliquisti me?* ¿Por qué me has desamparado?

Esclamacion tan dolorosa de Jesus, es menos una queja de los dolores que sufre, que una advertencia sensible de los castigos á que por nuestros pecados nos esponemos. ¿Qué es lo que nosotros vemos crucificado en el árbol de la Cruz? Es la naturaleza humana viciada, deforme y rodeada de sus inmundas fealdades; es el Adan nuevo en quien se crucifica el viejo Adan, ó, dicho mejor, en quien, por un bautismo de sangre divina, se regeneran nuestros primeros padres, todos sus descendientes hasta hoy, todas las generaciones de la tierra, hasta el fin de los siglos. Contempla, pecador, y aprende que el desamparo de Jesus es un libro perenne donde están escritas por la mano de un Dios omnipotente todas las pruebas que pueden afligir al justo sobre este valle de lágrimas; el horrible y lastimoso porvenir que aguarda infaliblemente al que se engolfa en su estado de delincuente, al mismo tiempo que este abandono, este desamparo es tambien una mina de consuelos celestiales. Jesus es desamparado del Eterno Padre, que le deja padecer solo y aislado en medio de los horribles trabajos en que se encuentra: terribilísimo desamparo, porque no halla consuelo en cosa alguna. La cabeza dolorida no puede descansar sobre la cruz, sin nuevo martirio, sin que la taladren de nuevo las agudísimas espinas con que se halla coronada; no pueden sostener sus manos el peso del sagrado cuerpo, porque se rasgan de nuevo y con dolor mas agudo; los pies no soportan la carga, sin que sea mas penetrante el padecimiento; busca

afligido por todas partes quien le escuche, y no le hay; quien le consuele entristeciéndose con él, y no le encuentra; y ¿qué es Jesus? ¿Qué representa Jesus en tan amargo y lamentable desamparo? ¡Ay, alma cristiana! Jesus impecable, el Santo de los santos, el Justo por escelencia es la imágen del justo desamparado temporalmente de Dios para que su espíritu se acrisole, se purifique y se perfeccione en las oleadas del infortunio. ¿No le viste pedir que se alejase de él la copa de su Pasion? Y ¿no le escuchaste inmediatamente conformando su voluntad con la voluntad de su Padre? Pues ahí le tienes atormentado y solo, sufriendo y agonizando, pero cumpliendo lo que ofreció, sin separarse de la Majestad divina, y esclamando, para enseñarnos, con la mayor confianza: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

¿Qué representa en la Cruz ese divino Nazareno con su rostro cubierto de sudor, sangre y polvo, con sus miembros descoyuntados, con sus carnes desgarradas, rodeado de la mas espantosa indigencia, sufriendo una vergonzosa desnudez, y desamparado de

los cielos y tierra? Representa al pecador devorado por sus pasiones, exhausto de la divina misericordia, desnudo de la vestidura de la gracia y anonadado bajo el peso de la culpa, que es lo que Dios mas detesta y aborrece. Todas sus ansias son por el pecador, y por que este no sufra el abandono y desamparo que de condigno se debe al que se separa de la observancia fiel de los Mandamientos, se ofrece á él voluntario y gustoso, y nos asegura para siempre que, pecadores y todo, nosotros no temeremos ya, no tendremos que sufrir el desamparo de Dios, que siempre tiene presente para dicha nuestra el desamparo de Jesus. ¿Qué hubiese sido de nosotros si el amantísimo Salvador no se hubiera sometido á esta prueba terrible, esclavo sin salvacion de las pasiones humanas, huérfano sin padre, solo sin compañía, triste sin consuelos, figura la mas espresiva ó realidad la mejor figurada del pecador desposeido de todo consuelo por parte de Dios, por sí mismo y por parte de sus semejantes?

III.

Menos mal aun, si Jesucristo sufriera solamente el desamparo que llevamos manifestado; pero ¡ay! que el cuchillo mas penetrante de cuantos lastiman su pecho en la Pasion es la ingratitud. Mucho mas que el desamparo de Dios siente Jesus el abandono y el desamparo de las criaturas. Desamparo de presente, desamparo de porvenir, desamparo de sus propias hechuras, de sus amados hermanos, de sus mas queridos amigos, de aquellas ovejas que ha buscado con tanta ternura, que ha cuidado con tan amorosa solicitud, y á quien á costa de su vida va á salvar de la muerte con que le amenaza el leon rugiente que procura devorarle. Desamparo de un discípulo que le ha vendido, de otro discípulo que le ha negado, de los demas que le dejan, del pueblo hebreo que olvida sus beneficios, le escarnece y sacrifica. Desamparo de unas naciones que repudiarán su fe, de otras que se negarán á recibirla; y de millares de hombres que habian de atropellarle apostatando de su religion, atropellando sus sacramentos y desechando los frutos que su Pasion habia de producirles. Pero consolemos nosotros y acompañemos á Jesus, haciéndole menos sensible su agonía, menos amargo su desamparo. Escuchemos con humildad, para que fructifique en nuestro corazon, ese alarido tristísimo de Jesus y no ensordezcamos á las voces de la clemencia. Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Acudiendo presurosos á este llamamiento, mas que lo que demos es lo que hemos de recibir del Salvador. Si nos participa con ayes desgarradores su angustiosa, incomprensible situacion, es para enseñarnos á creer en Dios, para movernos á esperar en Dios, para estimularnos á amar á Dios: es para convencernos de que por enormes que sean nuestros pecados, es mas generoso su perdon; por grande que sea nuestra miseria, es mucho mas estensa su liberalidad; por aterradora que sea y se nos represente su justicia, es mucho mas dulce, mas universal y mas encantadora su misericordia. No desampare-

mos, pues, á Jesus insensibles y pertinaces, añadiendo clavos á clavos, espinas á espinas, y desamparo á desamparo: no le desamparemos, mejor dicho, no nos desamparemos á nosotros mismos, haciéndonos réprobos en su presencia, reos de su sangre, enemigos de nuestra alma é indignos de nuestra eterna salvacion.

¡Solo en el Huerto al principiar su agonía! ¡Solo en la Cruz en los momentos de desamparo! Y yo, ¿dónde estoy? Mirando al mundo y volviendo las espaldas á Jesucristo; amparando en mi corazon al demonio que me persigue, y desamparando al que me salva, sin advertir que esa melancólica esclamacion de Jesus que hace temblar á mi alma, es como aquella pregunta que dirigió al Príncipe de los Apóstoles: *Simon, dormis?* Pecador, ¿te duermes en tu mala vida? ¿Te duermes y me desamparas? Es aquella reconvencion amorosa que fatigado hizo á los discípulos que se durmieron. *Non potuistis una hora vigilare mecum?* ¿Ni una hora ni un instante me acompañas en mi agonía, y no solo no me acompañas, sino que te duermes y me

desamparas? Á vista de mi situacion tristísima, ¿no temes morir, y morir mal? ¿No hiere tu alma aquella verdad aterradora que mi Espíritu Santo ha dejado consignada por la pluma de mi profeta: *Mors peccatorum pessima*, la muerte de los pecadores malísima? ¿Y no contemplas, y al contemplarlo no te horrorizas, que lo mas alarmante, lo mas malo, lo mas desgarrador que tendrá el pecador en su agonía, será verse desamparado de mí y de mi Padre celestial? Yo lo comprendo, Jesus de mi corazon; yo lo comprendo, y ni un instante mas quiero ser víctima de la ceguera de mi entendimiento; á los pies del patíbulo me teneis para acompañaros, para suavizar vuestro desconsuelo y para hacerme acreedor á teneros á mi lado, en el desamparo de las criaturas, en el desamparo del mundo, en el desamparo de los bienes temporales, en las sequedades del espíritu, en el desamparo de la vida, y mucho mas y cuando mas lo necesite, que será á la hora de la muerte.